

Estados Unidos y el hemisferio occidental en la mirada de los latinoamericanistas: Historiografías contrapuestas de las relaciones interamericanas, 1898-2016⁽¹⁾

Juan Pablo Scarfi

Este trabajo traza una genealogía de los imaginarios geopolíticos e historiográficos de las relaciones hemisféricas interamericanas en la era moderna desde la emergencia de los Estados Unidos como poder hegemónico continental hasta el presente, focalizándose en la trayectoria del lugar de América Latina en el hemisferio occidental. El argumento central de este ensayo puede sintetizarse de la siguiente manera: el carácter contradictorio y difuso de América Latina dentro del hemisferio occidental y de la cultura occidental en general, situado simbólicamente entre occidente y oriente, entre el primer mundo y el tercer mundo, ha tenido un gran influjo sobre el modo en que los latinoamericanos y los latinoamericanistas han estudiado a los Estados Unidos y a las relaciones interamericanas, desarrollando tradiciones culturales, interpretativas e historiográficas contradictorias. La reacción ambivalente de América Latina frente a la ascendencia de la hegemonía estadounidense en el continente desde 1898 en adelante se encuentra en el corazón de estas contradicciones. En otras palabras, los estudios latinoamericanos como campo de conocimiento y los estudios interamericanos tal como los practican los latinoamericanistas se han visto fuertemente influenciados por el impulso de explorar y entender los peligros y desafíos que planteaba el ascenso hegemónico de los Estados Unidos en América Latina. No es casualidad que la mayoría de los pensadores y escritores canónicos que son emblema del latinoamericanismo, como Simón Bolívar, José Martí, José Enrique Rodó, Rubén Darío, Francisco García Calderón y muchos otros, tendieron a ser escépticos y adoptar una actitud defensiva frente a la cultura y las tradiciones norteamericanas. Este legado cultural e historiográfico es todavía hoy muy influyente, ya que cuando en los últimos años comenzó a desarrollarse un movimiento hacia los estudios históricos hemisféricos y de la historia atlántica, y una serie de programas académicos en estudios hemisféricos y de las Américas comenzaron a crearse, hubo una importante resistencia por parte de casi toda la comunidad de los latinoamericanistas en los Estados Unidos y en Europa de incluir a los Estados Unidos dentro del marco de los estudios acerca de América Latina.

Cabe ante todo comenzar con algunas observaciones historiográficas acerca del período anterior a la Guerra Fría. Si la guerra entre los Estados Unidos y México marcó un primer momento decisivo en el ascenso de la hegemonía estadounidense en el hemisferio occidental, 1898 y la Guerra Hispano-Norteamericana y las intervenciones en Cuba y Puerto Rico constituyen una fecha simbólica crucial asociada a la institucionalización definitiva de un intento expansionista por consolidar esa hegemonía hemisférica. Aunque los fundamentos ideológicos del expansionismo continental de los Estados Unidos se remontan a la formulación de la doctrina de Monroe y las ideas internacionales de Thomas Jefferson, su expansión por el continente no comenzó hasta mediados del siglo XIX y sólo en 1898 esta transformación fue reconocida internacionalmente, sobre todo por Gran Bretaña y por lo tanto aceptada como un nuevo status quo a nivel internacional y como parte de un orden continental propio del hemisferio occidental. Al mismo tiempo, el concepto de América Latina fue inventado en la primera mitad del siglo XIX en Francia (1836), pero no llegó a ganar prominencia como un ideal regional más amplio hasta la consolidación del expansionismo estadounidense y la aparición del panamericanismo en los Estados Unidos hacia 1889². El latinoamericanismo surgió como una reacción frente a las políticas intervencionistas de Estados Unidos, su creciente predominio en el hemisferio y su promoción de la cooperación interamericana a través del lenguaje del panamericanismo. Fue en este escenario conflictivo que una serie de imaginarios culturales y políticos diversos en defensa de la idea de América y de distintos americanismos comenzaron a extenderse por todo el continente. Por un lado, una defensa cultural y legalista del latinoamericanismo comenzó a surgir como una reacción al proyecto continental encabezada por Estados Unidos de promoción del panamericanismo, tal como fue propuesto inicialmente por James Blaine y luego por Elihu Root, como una política de cooperación económica, cultural, política e intelectual liderada por los Estados Unidos. La obra literaria de José Martí, José Enrique Rodó, Rubén Darío, Manuel Ugarte, Rufino Blanco-Fombona y las contribuciones jurídicas y diplomáticas de Roque Sáenz Peña, Vicente Gregorio Quesada, Carlos Pereyra, Isidro Fabela y otros fueron reacciones defensivas frente a estas transformaciones. Por otro lado, el auge del panamericanismo dio lugar a una unión progresiva de algunas figuras de América Latina con este movimiento panamericanista y continental emergente, incluyendo figuras como Luis María Drago, Alejandro Alvarez, Baltasar Brum, Víctor Manuel Maúrtua, Antonio Sánchez de Bustamante, Jesús María Yepes y otros, quienes encontraron en el panamericanismo una forma de internacionalismo liberal de cooperación y promoción de la paz y el orden legal continental. Los latinoamericanos comenzaron a dividirse

y confrontar entre sí en lo relativo a las relaciones continentales con los Estados Unidos y la naturaleza del panamericanismo.

Fue en este contexto panamericano y controversial que se consolidó la Historia Latinoamericana como un campo académico en los Estados Unidos, como han mostrado Mark T. Berger y más recientemente Ricardo Salvatore.¹ Junto con el auge de esta sub-disciplina, una pequeña minoría de los miembros destacados de este campo emergente buscó analizar esas manifestaciones culturales de latinoamericanismo que eran abiertamente reactivas y críticas de los Estados Unidos. James Fred Rippy y Clarence Haring, dos padres fundadores de la historia de América Latina en los Estados Unidos jugaron un papel importante no sólo en el establecimiento de este campo como estrechamente asociado al estudio de las relaciones hemisféricas interamericanas, sino también en ser precursores de otra preocupación emergente: la aparición de antiamericanismo y de la “fobia anti-yanqui” para usar las palabras exactas de un artículo pionero del propio Rippy³. Se podría decir, entonces, que la historia de América Latina en los Estados Unidos surgió como un campo íntimamente asociado al campo de las relaciones interamericanas hemisféricas, es decir, las relaciones entre América Latina y los Estados Unidos, así como también ligado a una preocupación intelectual e historiográfica emergente en los Estados Unidos: el antiamericanismo. De hecho, Rippy, Haring, Herbert Bolton, Arthur Whitaker y otros, se establecieron como expertos tanto en la historia de América Latina como en la historia de las relaciones hemisféricas interamericanas. No es sorprendente que los latinoamericanos que fueron vistos a los ojos de Rippy y Haring como anti-americanistas, como Manuel Ugarte, José Ingenieros, Carlos Pereyra y Rufino Blanco-Fombona comenzaran casi al mismo tiempo a acuñar la expresión “antiimperialismo” para definir a un movimiento defensivo para la construcción de una Unión Latinoamericana, lo cual contribuyó a ampliar y difundir estos ideales a través de diversos países de América Latina, particularmente en Argentina, México y Perú después de la Revolución mexicana y la Reforma Universitaria latinoamericana que comenzó en 1918. La ironía del auge de estas dos expresiones ideológicas e historiográficas es que mientras los escritores e intelectuales latinoamericanos no sentían que tuvieran que hacer ninguna referencia a los Estados Unidos cuando hacían uso de la expresión “antiimperialismo”, los historiadores estadounidenses de América Latina no eran completamente conscientes del hecho de que lo que ellos denominaban “anti-americanismo” y “fobia anti-yanqui” eran de hecho una versión alternativa de “americanismo”, y por ende una reacción defensiva frente al panamericanismo. Por un lado, fue sin duda imposible para ellos predecir en esos años que tales términos habrían de dar origen, sobre todo después del 11 de septiembre de 2001, a una vastísima literatura sobre el

antiamericanismo que se expandió mucho más allá del ámbito de los estudios hemisféricos interamericanos.¹ Por otro lado, el término “anti-imperialismo” habría de tener también un legado importante en la historiografía latinoamericana producida en América Latina. De hecho, para el momento en que una historiografía moderna comenzó a consolidarse en América Latina en el contexto de la transición a la democracia a finales de la década de 1970 y principios de la de 1980, historiadores y sociólogos argentinos y latinoamericanos, tales como Oscar Terán y Juan Carlos Portantiero, iban a utilizar el noción de “anti-imperialismo” en un intento de ser fieles a la terminología empleada por los fundadores de estas ideologías e imaginarios continentales en los primeros estudios académicos sistemáticos sobre estos temas producidos y publicados en América Latina³

En el contexto de la Guerra Fría, los estudios hemisféricos interamericanos tal como fueron desarrollados por los latinoamericanistas continuaron produciendo historiografías contrapuestas, pero el nivel de comunicación e interacción entre los latinoamericanistas que trabajan sobre las relaciones interamericanas en todo el mundo, especialmente en los Estados Unidos y en América Latina, comenzaron a aumentar de manera significativa. La institucionalización del concepto de América Latina en un contexto mundial en 1948 con la creación de una serie de organizaciones transnacionales, como la CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe), Unión de Universidades de América Latina (UDUAL), como así como de otras organizaciones de Cooperación Económica y intelectual de América Latina, ha contribuido de manera notable a la consolidación de un campo de estudio y perspectiva latinoamericanistas.¹ Al menos tres enfoques influyentes ayudaron a establecer una serie de preocupaciones continentales comunes y un involucramiento considerable que incluyó la teoría de la modernización, la teoría de la dependencia y el enfoque crítico del estudio del imperialismo norteamericano y la historia de las relaciones exteriores, personificado por William Appleman Williams y la Escuela de Wisconsin⁴. Estos enfoques tuvieron un impacto muy vasto en todo el continente americano y en Europa también. Por otra parte, fue a mediados de la década de 1960 que los estudios latinoamericanos se consolidaron como un campo académico independiente y distinto en los Estados Unidos y en el Reino Unido y por lo tanto la Latin American Studies Association (LASA), fundada en 1966 y la Society of Latin American Studies (SLAS), fundada en 1964, se establecieron respectivamente en los Estados Unidos y en el Reino Unido¹. Aunque la institucionalización del concepto y la idea de América Latina en el contexto mundial y el establecimiento de los Estudios Latinoamericanos como un campo de estudios académicos podrían ser visto como productos de un momento de involucramiento e interacción creciente en el desarrollo de enfoques comunes practicados en

todo el mundo, enfatizando la teoría de la modernización, la dependencia e incluso el estructuralismo, esta transformación contribuyó paradójicamente a separar a los latinoamericanistas de otros sub-campos, particularmente de los estudios hemisféricos interamericanos. La consecuencia de este cambio fue que los latinoamericanistas comenzaron a ser considerados como especialistas en estudios de área, separando el estudio de América Latina del estudio del hemisferio occidental y el continente americano, lo que dio como resultado un aislamiento de la comunidad de los latinoamericanistas respecto de otros sub-campos de estudio. La mentalidad geopolítica que predominó durante el período de la Guerra Fría ciertamente no estimuló a los estudiosos de cultivar estudios hemisféricos más amplios de las Américas. La premisa de este enfoque geopolítico fue que era necesario distinguir las regiones y separarlas unas de otras. Por lo tanto, no es sorprendente que en este periodo, los tres enfoques que dominaron el campo tendieron ante todo a enfatizar las diferencias entre Estados Unidos y América Latina. En primer lugar, en el corazón de la teoría de la modernización estaba la idea de que los modelos exitosos que se habían llevado a cabo en los países desarrollados, como los Estados Unidos, tenían que ser emulados en las regiones subdesarrolladas, como América Latina. Un espacio se utilizó como modelo y otros espacios y regiones como terrenos para la traducción, implementación y aplicación de esos modelos. En segundo lugar, la teoría de la dependencia fue pionera e innovadora al introducir la palabra imperio e imperialismo en los estudios hemisféricos. Sin embargo, se basaba en la suposición de que América Latina se había visto limitada por una serie de estructuras económicas globales que impedían su propio desarrollo independiente y la única solución posible era liberar a América Latina del Coloso del Norte y de la economía mundial capitalista en general. Por último, coincidiendo en varios aspectos con la teoría de la dependencia, la escuela de Wisconsin fue también pionera al poner un fuerte énfasis en la crítica de las estrategias intrínsecamente imperialistas, intervencionistas y hegemónicas y las estrategias económicas de los Estados Unidos en América Latina, pero no tanto la forma en la que se localizaron e implementaron en la región dichas políticas. Una de las debilidades de este enfoque fue que esta historia diplomática se basó casi exclusivamente en fuentes primarias de los archivos de los Estados Unidos. En resumen, durante la Guerra Fría, el cultivo de los estudios hemisféricos interamericanos pasó por un proceso crítico y los latinoamericanistas se unificaron como una comunidad académica, pero esa comunidad dio un paso atrás en el campo de los estudios hemisféricos y de las relaciones entre América Latina y los Estados Unidos. Antes de 1945, en momentos en que no se había institucionalizado plenamente la disciplina de la historia de América Latina como campo autónomo, los estudios hemisféricos interamericanos estaban en

el centro de la agenda de investigación de la mayoría de las figuras pioneras en dicha disciplina en los Estados Unidos. Ese cultivo de los estudios hemisféricos coincidió y puede explicarse por las políticas hegemónicas de los Estados Unidos en América Latina durante esos años promoviendo el panamericanismo. Después de 1945, esto cambió significativamente y el estudio de las relaciones hemisféricas interamericanas desde una perspectiva verdaderamente continental fue menos cultivada.

El campo de las relaciones hemisféricas interamericanas, tal como ha sido practicado por los latinoamericanistas se ha reavivado en los últimos años, sobre todo a partir del fin de la Guerra Fría. Esta transformación reciente y la vuelta a los estudios hemisféricos en los Estados Unidos y en Europa han tenido un gran impulso en parte como reacción a la idea de la excepcionalidad estadounidense y la necesidad de comparar la historia de Estados Unidos con la de otras regiones para mostrar cuantos puntos en común tiene esa historia con la de otras naciones.⁶ Algunas interpretaciones e historias hemisféricas de las Américas, sus relaciones internacionales y la dinámica de la interacción continental, como las que proponen James Dunkerley, Charles Jones, Felipe Fernández-Armesto y John Elliott, entre otros, han trazado una agenda de intelectual y académica para la conformación de historias continentales y estudios comparativos de las Américas.¹ Al mismo tiempo, algunos latinoamericanistas que trabajan en los Estados Unidos, como José Moya y Greg Grandin, han cuestionado recientemente, desde enfoques historiográficos muy diferentes, el excepcionalismo estadounidense. Mientras que Moya ha resaltado el carácter excepcional que tuvo la transición de América Latina hacia la modernidad, Grandin enfatizó la adopción de un enfoque específico de los derechos sociales y del liberalismo en la región, que han sido la antítesis de la tradición liberal individualista dominante en los Estados Unidos.⁷ En otras palabras, ciertos componentes excepcionales pueden encontrarse también en la historia de América Latina. Por otra parte, la legitimidad y la coherencia geográfica del concepto de América Latina también ha comenzado a ser cuestionado. El corolario de todas estas transformaciones y debates historiográficos recientes es que algunas de las limitaciones de los marcos rígidos anteriores se han superado y el campo ciertamente ha comenzado a ser más flexible, diverso y global. Sin embargo, la comunidad académica de los latinoamericanistas, al menos en el campo de la historia, sigue estando dividida hoy en enfoques y perspectivas contrapuestas. La globalización y el giro internacional en los estudios hemisféricos han dado lugar a serias divisiones en la comunidad de los latinoamericanistas entre los que trabajan en América Latina, los Estados Unidos y Europa. Por ejemplo, mientras que en América Latina muy poca atención, si es que ha recibido alguna atención, se ha dedicado a los estudios hemisféricos, y el campo ha dirigido

mayor atención incluso a micro-historias locales y a veces a la comparación con otros países latinoamericanos, la tendencia en los Estados Unidos ha sido el estudio de América Latina en relación con la Historia Atlántica y la historia de las Américas en su conjunto. Aunque América Latina ha adquirido un papel mucho más protagonista en el mundo y en la política de las relaciones continentales con Estados Unidos, han comenzado a surgir de nuevo historiografías contrapuestas y en ocasiones antagónicas en el estudio de las relaciones hemisféricas. Mientras que los latinoamericanos están más o menos unificados, los latinoamericanistas se extienden por todo el mundo y por lo tanto se encuentran divididos en habitus académicos y tradiciones contrapuestas.

Cabe concluir este recorrido por las historiografías de Estados Unidos y del continente americano propias de los latinoamericanistas con un breve análisis del estado actual de las relaciones hemisféricas. La declinación de la hegemonía hemisférica de los Estados Unidos y de algunas instituciones interamericanas como la OEA, ha dado lugar a un nuevo campo de estudios, especialmente en el campo de las relaciones internacionales: el estudio de las potencias emergentes, especialmente de China, India y Brasil. El país que ha sido visto recientemente como el prototipo más ostensible de una potencia emergente en América Latina es sin duda Brasil. Un reciente y excéntrico libro escrito por un inversor privado estadounidense, James Dale Davidson, titulado *Brazil is the New America* (2011), sugiere que el declive de la hegemonía económica estadounidense ha llevado a una situación en la que Brasil es el nuevo líder del hemisferio occidental.⁸ El nuevo papel protagónico de Brasil y América Latina de manera más amplia en el contexto global actual ha contribuido a la expansión del sector académico en Brasil, especialmente en el campo de las relaciones internacionales. Parece que cada vez más los latinoamericanos irán a hacer sus doctorados a Brasil. Si esta tendencia se volviera una norma y continuara, Brasil se convertiría progresivamente en un lugar central dentro del continente americano para estudiar las relaciones hemisféricas interamericanas. Pero la reacción a estas transformaciones por parte de los latinoamericanistas residentes en América Latina ha sido ecléctica, desencantada e incluso defensiva. Aunque en los últimos años ha cambiado fuertemente en dirección a la inclusión de estudios globales y hemisféricos en los nuevos programas de estudios, como es el caso, por ejemplo, del Programa Sur Global de la Universidad Nacional de San Martín en Argentina, esta comunidad académica ha tendido a hacer hincapié en el estudio de aspectos muy locales y micro de sus propios países e incluso sus provincias locales como temas separados de los estudios globales. Con el declive de la teoría de la dependencia y este retraimiento en las cuestiones locales, el campo de los estudios hemisféricos como se practica

en América Latina es extremadamente pequeño y lo seguirá siendo por algún tiempo, excepto quizás en el caso de Brasil. Por esta razón, los investigadores con base en América Latina que quieren estudiar y participar en estudios hemisféricos interamericanos tenderán a irse a estudiar a los Estados Unidos, el Reino Unido, Francia, Alemania, Europa y ahora Brasil. Quisiera concluir con una reflexión bastante pesimista sobre las perspectivas de los estudios hemisféricos interamericanos tal como son practicados por los latinoamericanistas: la globalización de la academia y de la práctica de la escritura no parecen estar aumentando el nivel de comunicación e interacción entre los latinoamericanistas que trabajan en las relaciones hemisféricas interamericanos distribuidos por todo el mundo. Si estas tendencias se mantienen en el tiempo, seguiremos contando con historiografías contrapuestas de las relaciones interamericanas, lo cual no es malo e incluso es estimulante de algún modo, pero los intercambios seguirán siendo limitados y trunco e incluso persistirán los desencuentros.

Sobre el autor:

Juan Pablo Scarfi es graduado de la Maestría en Historia de la Universidad Torcuato Di Tella, ha realizado su doctorado en historia en la University of Cambridge. Ha sido becario del CONICET y del FONCyT, recientemente ha ingresado como investigador al CONICET. Entre sus publicaciones se encuentra su libro *El imperio de la ley: James Brown Scott y la construcción de un orden jurídico interamericano* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2014), y diversos artículos entre ellos: [with Andrew Tillman] *Cooperation and Hegemony in U.S.-Latin American Relations: Revisiting the Western Hemisphere Idea* (New York: Palgrave Macmillan, 2016); "Relaciones internacionales, identidades colectivas y vida intelectual en Sudamérica, 1810-1945," *Revista Complutense de Historia de América* 39 (2013): 15-21.

Citas:

1 Una primera versión de este trabajo fue presentada en la conferencia anual de 2012 de la American Studies Association (ASA), "Dimensions of Empire and Resistance: Past, Present, and Future," realizada en noviembre de 2012 en San Juan, Puerto Rico, en el marco del "ASA International Committee Talkshop III: Inter-American Studies Outside the U.S." moderado por Claudia Sadowski-Smith. Quisiera agradecer especialmente a Claudia Sadowski-Smith por la invitación y por los comentarios y sugerencias que contribuyeron a pulir y mejorar este trabajo. Algunas de las ideas presentadas aquí retoman argumentos desarrollados en la introducción que he escrito con mi colega Andrew Tillman para un volumen colectivo que acaba de publicarse muy recientemente. Véase Juan Pablo Scarfi y Andrew Tillman, "Cooperation and Hegemony in U.S.-Latin American Relations: An Introduction," en Juan Pablo Scarfi y Andrew Tillman (eds.), *Cooperation and Hegemony in U.S.-Latin American Relations: Revisiting the Western Hemisphere Idea* (Nueva York: Palgrave Macmillan, 2016), 1-30.

2 Arturo Ardao, "Panamericanismo y latinoamericanismo", en *América Latina en sus ideas*, ed. Leopoldo Zea (México: Siglo XXI editores, 1986), p. 157.

3 Ver Mark T. Berger, *Under Northern Eyes: Latin American Studies and U.S. Hegemony in the Americas, 1898-1990* (Bloomington: Indiana University Press, 1995), Ricardo Salvatore, "Hemisphere, Region and Nation: Spatial Conceptions in U.S. Hispanic American History," en Juan Pablo Scarfi y Andrew Tillman (eds.), *Cooperation and Hegemony in U.S.-Latin American Relations: Revisiting the Western Hemisphere Idea* (Nueva York: Palgrave Macmillan, 2016), 139-168, y Ricardo Salvatore, *Disciplinary Conquest: U.S. Scholars in South America, 1900-1945* (Durham, NC: Duke University Press, 2016).

1 James Fred Rippy, "Literary Yankee-Phobia in Latin America" *Journal of International Relations* 12 (1922): 350-371, James Fred Rippy, "Introduction" in Manuel Ugarte, *The Destiny of a Continent*, ed. James Fred Rippy (New York, A.A. Knopf, 1925), Clarence H. Haring, *South America Looks at the United States* (New York: The Macmillan Company, 1928).

4 Sobre el anti-americanismo en la literatura más reciente, véase, por ejemplo, Alan L. McPherson, ed., *Anti-Americanism in Latin America and the Caribbean* (New York: Berghahn Books, 2006), Greg Grandin, "Your Americanism and Mine: Americanism and Anti-Americanism in the Americas", *American Historical Review* 111 (2006): 1042-1066 y Max Paul Friedman, *Rethinking Anti-Americanism: The History of an Exceptional Concept in American Foreign Relations* (New York: Cambridge University Press, 2012).

1 Véase Oscar Terán, "El primer antiimperialismo latinoamericano" en *En busca de la ideología argentina*. (Buenos Aires: Catálogos, 1986), pp. 85-97, Oscar Terán ed., José Ingenieros: Antimperialismo y nación (México: Siglo XXI editores, 1979), Juan Carlos Portantiero, *Estudiantes y política en América Latina: el proceso de la reforma universitaria, 1918-1938* (México: Siglo XXI editores, 1978). Véase también Oscar Terán, "El espiritualismo y la creación del antiimperialismo latinoamericano", *Culturas imperiales: Experiencia y representación en América, Asia y África*, Ricardo D. Salvatore, ed. (Rosario: Beatriz Viterbo editora, 2005), pp. 301-314.

1 Ardao, "Panamericanismo y latinoamericanismo", pp. 169-170.

6 Sobre los paralelismos y confluencias entre la teoría de la modernización y la teoría de la dependencia en los campos de la historia, la historiografía y el planeamiento urbano en la época de la Guerra Fría, véase Adrián Gorelik, "Miradas cruzadas. El viaje latinoamericano del planning norteamericano," *Bifurcaciones* 18 (2014): 1-20, y Gilbert M. Joseph, "Encuentros cercanos: Hacia una nueva historia cultural de las relaciones entre Estados Unidos y América Latina," en Ricardo Salvatore (comp.), *Culturas imperiales: Experiencia y representación en América, Asia y África* (Rosario: Beatriz Viterbo Editora, 2005), 89-120.

7 James Dunkerley, "The Study of Latin American History and Politics in the United Kingdom: An interpretative Sketch" en *Warriors and Scribes: Essays on the History and Politics of Latin America* (London: Verso, 2000), pp. 83-116.

8 Sobre esta premisa se asienta el reciente libro de Thomas Bender que analiza la historia de los Estados Unidos en perspectiva comparada, mostrando que se trata de una historia que tiene mucho en común con la de otras naciones occidentales. Véase Thomas Bender, *Historia de los Estados Unidos: Una nación entre naciones* (Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2011).

9 Véase Charles Jones, *American Civilization* (London: Institute for the Study of the Americas, 2007), James Dunkerley, *Americana: The Americas in the World around 1850* (London: Verso, 2000), Felipe Fernández-Armesto, *The Americas: A Hemispheric History* (New York: Modern Library, 2003), y John Elliott, *Do the Americas have a common history? An Address (Providence, R.I.: John Carter Brown Library, 1998)*.

10 Véase José C. Moya, "Modernization, Modernity, and the Trans/Formation of the Atlantic World in the Nineteenth Century," en *The Atlantic in Global History, 1500-2000*, editado por Jorge Cañizares-Esguerra and Erik R. Seeman (Upper Saddle River, New Jersey: Pearson Prentice Hall, 2007), pp. 179-197, y Greg Grandin, "The Liberal Traditions in the Americas: Rights, Sovereignty and the Origins of Liberal Multilateralism", *American Historical Review* 117 (2012): 68-91.

11 James Dale Davidson, *Brazil is the New America: How Brazil Offers Upward Mobility in a Collapsing World* (Hoboken, New Jersey: John Wiley, 2011).